

1

Tema curricular: Las familias y las comunidades
Contexto: Las tradiciones y los valores

En este texto autobiográfico, el autor describe su interés personal por la lectura desde que era niño.

Mira por dónde. Autobiografía razonada (fragmento)

por Fernando Savater

- Línea Me resisto a considerar el afán de leer una simple “afición” entre otras: es una pasión, aún más, una forma de vida. Se entra en la lectura como se entra en el sacerdocio: para siempre. 35
- 5 Del mismo modo que otras pocas, muy pocas opciones igualmente irrevocables, leer nos proporciona satisfacciones que nada puede sustituir pero también limitaciones no menos duraderas. Un verdadero lector es un *lisiado feliz*. 40
- 10 Mis padres me vieron precipitarme en ese abismo con una combinación primero de complicidad y orgullo, luego con cierta alarma. Aprendí a leer prácticamente solo, como Tarzán, a una edad muy temprana, desde luego bastante antes de los cinco 45
- 15 años en que empecé a ir intermitentemente a un parvulario. El método de aprendizaje fue sencillo y supongo que ha sido utilizado muchas veces antes y después. Mi madre solía leerme un cuento ilustrado de animales parlantes, protagonizado 50
- 20 por un león soberbio finalmente castigado, que yo escuché una y mil veces hasta aprendérmelo de memoria. Un día tomé el librito de sus manos y diciendo “mira, mamá, ya sé leer” lo repetí de pe 55
- 25 a pa. Claro que sólo fingía descifrar las letras (en realidad me lo sabía *par coeur*, según la hermosa expresión francesa) pero a partir de ese momento, conociendo los sonidos y las palabras, terminé leyendo de verdad. De modo que llevo medio siglo 60
- 30 leyendo, más o menos. Se me ha hecho corto. Para probar mi vocación lectora, que se había convertido en una halagadora leyenda familiar, mi padre me llevó un día a su despacho y me dio a elegir entre dos regalos: mil pesetas (una fortuna 65
- entonces incommensurable, el equivalente infantil a “todo el oro del mundo”) o una colección de libros, una enciclopedia que se me recomendaba como “estupenda”. Reconozco que dudé en mi interior, porque con mil pesetas también podría comprarme libros, tebeos y todos los juguetes imaginables; pero, fiel a lo que se esperaba de mí y a que mi padre no podía equivocarse, opté por la enciclopedia. Con una sonrisa de satisfacción (y de cierto alivio) papá me dijo que, como estaba seguro de cuál iba a ser mi elección, ya me la había comprado. Uno a uno, desarrollé los diez o doce volúmenes azules de *El tesoro de la juventud*, probablemente la mayor fuente escrita de información y deleite que he tenido en mi vida. Cada uno de los tomos incluía secciones fijas: cuentos, leyendas, narraciones históricas, zoología, juegos de manos, instrucciones para construir acuarios, herbolarios y mil cosas más. Quizá mi favorita fuese *El libro de los por qué*, lecciones de cosas que respondía a preguntas tan urgentes como “¿por qué las montañas lejanas son azules?” o “¿por qué flotan los barcos?”. La perspectiva del tiempo puede ser engañosa (*tiene* que serlo, este libro lo probará de mil maneras) pero ahora estoy convencido de que esa elección fue determinante en mi vida, como aquella de los doce de la fama cuando cruzaron la raya trazada por el conquistador en el suelo para irse con él en busca de El Dorado. Por nada del mundo quisiera haberme quedado con los vacilantes que no dieron el paso decisivo, con los remisos, con los que prefieren las mil pesetas contantes y sonantes.